

PAPEL | CULTURA



PABLO BERGER Y EL MILAGRO DE LA ANIMACIÓN CALLADA

Festival de Cannes. 'Robot Dreams', la nueva película del director de 'Blancanieves', sorprende con una propuesta tan clásica como revolucionaria sobre la fragilidad de la amistad, el miedo a la soledad y el tiempo

Por **Luis Martínez** (Cannes). Fotografía **Christophe Simon / Afp**

Mantenía Foucault que las palabras y las cosas están en la superficie de todo. Y con el tiempo, nuestra relación con unas y otras cambia. Pero, un paso más allá, afirmaba que si arañamos esa superficie sólo encontramos palabras. Cuando en su libro, en efecto, *Las palabras y las cosas*, el filósofo tan francés como cada piedra de Cannes se detenía en la figura del Quijote, sostenía que el hidalgo manchego en puridad no es tanto carne enjuta sobre hueso largo, como signo. «Todo su ser no es otra cosa que lenguaje, texto, hojas impresas, historia ya transcrita. Está hecho de palabras entrecruzadas; pertenece a la escritura errante por el mundo», decía, cargado de razón. Y de palabras.

Robot Dreams, de Pablo Berger, parece dibujo. De hecho, se anuncia como cinta animada. Y

eso ya de por sí es una sorpresa si tenemos en cuenta que su director jamás había intentado antes nada parecido. En su filmografía, en la que figuran películas como *Torremolinos 73*, *Blancanieves o Abracadabra*, se repite una y otra vez la voluntad de levantar desde la nada mundos antiguos, mundos extraños, mundos alejados de eso llamado la realidad que pisamos. Pero jamás había llegado tan lejos en su empeño de inventarse desde antes de cero un universo entero. Sin embargo, la verdadera sorpresa es otra.

También aquí, nadie dice nada. Los personajes –como ya ocurriría en la adaptación del cuento clásico de la dama, el espejo, la manzana y los enanitos– no hablan. Y no lo hacen, y aquí la estupefacción, porque ellos mismos son palabra, son signo, son, por apurar el símil, *quijotes* detenidos en un Nueva York de los años 90 sencillamente hipnótico.

Cuenta el director que todo surgió por culpa de una lectura algo despistada. Que no casual. Nada es casualidad. «Cayó en mis manos una novela gráfica de Sara Varon y lo vi claro. Vi una película en los mismos términos en que estaba planteada sobre el papel. Lo que más me llamó la atención fue el final», dice, sin atreverse a decir nada más, y lo dice con un gesto orgulloso que él mismo llama *punk* y otros no dudarían en calificar de inmadurez. Genial inmadurez, eso sí. La película cuenta la historia de amistad entre un perro y un robot. El segundo es la mascota del primero. Suena algo turbador y, de hecho, la película no renuncia a nada: ni al candor ni a lo tétrico. «Por un momento, pensé que fueran los humanos las mascotas como en *El planeta de los simios*, pero sería demasiado», recuerda.

Lo que se presenta como una necesidad para evitar la soledad (la compra de la *máquina de compañía*) acaba transformado en algo más serio. Pronto, y por aquello de los accidentes, llega una separación forzada. Primero, la tristeza; luego, la añoranza; más tarde, el olvido; y, al final, muy al final, muchos sentimientos contradictorios entre sí que van desde el remordimiento al perdón, pasando por, claro está, el amor de mil maneras posibles, animales, robóticas y humanas, demasiado humanas.

Berger confiesa que lo que mueve cada uno de sus proyectos es siempre la posibilidad de la emoción. Que así ha sido desde su primer cortometraje, *Mama*, cuando nada sabía de cine, hasta ahora mismo que nada sabe de animación (en verdad, ahora lo sabe todo; cuando empezó con *Robot Dreams*, no). «Al fin y al cabo, la materia de trabajo soy yo mismo. Mi infancia y mi adolescencia, de una forma otra, están en el origen de todo lo que he hecho, aunque suene muy tópico. Por otro lado, mi prioridad siempre ha sido

El director Pablo Berger y la editora de la música Yuko Harami posan en la presentación de 'Robot Dreams'.

acercarme a los sentimientos desde lo más íntimo de la imagen. Por eso me gusta siempre recrear otros mundo del pasado, por eso esa insistencia en el silencio...».

Y llegados a este punto llega el auténtico punto de *Robot Dreams*. Todo en ella, decíamos, son palabras, palabras que se enredan en el trazo elegante, preciso y claro que delimita a los personajes y que se esconde en los fondos de unos paisajes que se dirían perfectamente reconocibles. Aunque jamás se haya pisado Nueva York, y mucho menos en los años 90. «Trabajar sólo con imágenes me da la impresión de que deja más espacio a la audiencia para que sea ella la que complete lo que ve», dice.

Y efectivamente, la película avanza como un libro de signos donde los ojos del espectador, antes que simplemente contemplar nada, leen en la pantalla su vida misma. Y en su lectura construyen con su experiencia, con sus miedos, con sus amores olvidados, con su melancolía y hasta con su arrepentimiento un auténtico milagro sin edad. Es película para niños por lo que tiene de descubrimiento de algunas de las pérdidas por llegar y es cinta para adultos por lo que tiene de reconstrucción de un espacio casi sagrado de reconocimiento, de identificación, de plenitud y de misterio. No son perros, no son robots, somos nosotros. De otro modo, una maravilla de la que cuesta recuperarse de puro entusiasmo.

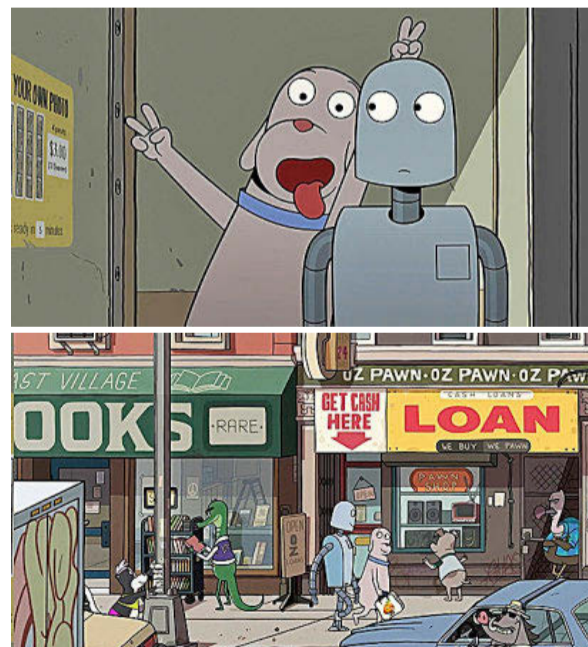
Cuenta el director que la animación japonesa está ahí con él. Y en primer lugar, obviamente, cita a Hayao Miyazaki. Pero no se olvida de milagros de la producción

europea reciente como *Ernest & Célestine*, *La vida de Calabacín*, *Mary and Max...* «Y hasta los recuerdos de mi infancia delante del televisor con *Heidi*. ¿No es Isao Takahata un genio?».

También confiesa, a cuenta de la música de las imágenes, que en su familia son todos músicos y que antes que Cannes su sueño de crío era Eurovisión. Y mientras habla, abre los ojos mucho, gesticula y hasta se emociona.

Digamos que tanto al cuerpo como al cine de Berger le ha ocurrido lo mismo que a La

Mancha por la que malgalopa el Quijote que hace tiempo que abandonó «los juegos antiguos de las semejanzas». La realidad vive infectada de la ficción que le da cobijo, alas y finalmente, sentido. La realidad es sólo, por muy callada que se presente, palabra. Palabra de Foucault o silencio de Berger. Tanto da. Milagroso.



Dos imágenes de la película 'Robot Dreams', de Pablo Berger.